

***Delitos y Castigos* (1991)**

Miriam Lewin

Comenzaban los noventa, y en un departamento de la calle Uruguay tomaba forma un proyecto original, ideado por Mauricio Cohen Salama y apoyado por Alberto Sprecher, propietario de una imprenta. Se trataba de una revista policial literaria. Se publicarían novelas cortas ilustradas, nutridas por investigaciones sobre casos resonantes. El nombre, con reminiscencia dostoievskiana, sería *Delitos y Castigos*.

A su vuelta de un exilio de seis años, Cohen Salama quiso hacer algo que lo entusiasmara, más allá de su actividad como publicista. “La publicación tenía como grandes referentes a Rodolfo Walsh y a Truman Capote; pretendía, además, generar una práctica editorial estimulante y una serie de textos e imágenes que invitaran a reflexionar sobre aspectos oscuros de la condición humana”, recuerda.

Tuve el privilegio de ser convocada, primero como redactora y luego como secretaria de redacción. Mi experiencia, que más tarde continuaría en canal 13 al lado de Enrique Sdrech, el más renombrado periodista de policiales, y en el radiodrama *Secretos Argentinos*, era corta. Fue en *Delitos y Castigos* donde aprendí una manera de ejercer el oficio que me acompañaría durante toda mi carrera.

Quien imagine una redacción ruidosa, llena de gritos por la excitación de un cierre, humo, discusiones interminables y cafés encontrará aquí una decepción. Las oficinas solían estar casi vacías. Los colaboradores aparecían solamente para retirar un encargo, discutir un enfoque o entregar un texto. Sin embargo, por esas habitaciones pasó una concentración extraordinaria de talento. Entre las firmas de los periodistas que se sumaron en los seis números, estaban las de Juan José Salinas, Luis Salinas y Ricardo

Ragendorfer. Los escritores convocados aceptaban de buena gana participar, para nuestra sorpresa. Miguel Briante, Ana María Shua, Sergio Sinay, Enrique Medina y Antonio Dal Massetto prestaron sus plumas para llenar las páginas con las recreaciones literarias de crímenes célebres. Max Luchini, El Tomi, Carmen Pérez y Carlos Páez les pusieron imagen a los relatos con su arte.

La selección de los temas no se limitaba a *cold cases*, hechos de sangre que habían tenido lugar en un pasado más o menos lejano, y cuya resolución había quedado pendiente, generado dudas o dividido a la opinión pública. Se preparaban informes especiales, perfiles sobre temas de actualidad en disputa, se entrevistaba a especialistas, forenses, abogados, y se incluían columnas de opinión que llevaban las firmas de María Moreno, Héctor Schmukler y muchos otros.

Revisitar crímenes resonantes y sumergirse en las circunstancias invisibilizadas u olvidadas era fascinante. Hundirse en los expedientes, examinar los argumentos de defensores o incluso de imputados, con la lupa del 'periodismo de investigación, originó materiales interesantes. Volver a Florencio Varela, tras las huellas del zapatero Pedro Vecchio, sospechoso de la desaparición y muerte de la adolescente judía Norma Penjerek; visitar en su casa de City Bell al profesor Federico Pipo y escuchar de su boca una confesión involuntaria de su culpabilidad del homicidio de su esposa Oriel Briant; charlar con el psicoanalista de Sergio Shocklender, acusado de asesinar con su hermano Pablo a sus padres; hablar con amigos de Carlos Monzón y con la familia de su víctima Alicia Muñiz, fueron experiencias profesionales y humanas de un valor incalculable.

Hubo episodios delirantes, en tono de comedia, como el del anochecer en que no me animaba a salir del edificio porque Federico Pipo se había presentado para verme con un ramo de flores y Mauricio le había dicho por el portero eléctrico que yo no estaba. O como el del día siguiente a que fuéramos al cine con Luis Salinas a ver *El silencio de los inocentes* y nos topamos en el ascensor con un desconocido idéntico a Hannibal Lecter.

El género policial, los delitos que se cometen en una sociedad en una época determinada permiten radiografiarla. Señalan cuáles son los focos de conflicto, qué valores están en juego, quién tiene el poder y dónde fallan y muestran sus grietas las instituciones.

Promover la escritura de novelas basadas en esa realidad argentina fue uno de los méritos de *Delitos y Castigos*, aunque no el único. La revista no descuidó la reflexión, el análisis, la denuncia, y hasta, se podría decir, aportó nuevas pruebas a expedientes que se creían cerrados. Mucho antes de que el *true crime* se convirtiera en un fenómeno editorial y audiovisual, la revista ya exploraba ese territorio con una mirada profundamente argentina.

El policial argentino y su novela negra se apartaron del mero juego intelectual para convertirse en una herramienta de interpretación de la realidad y *Delitos y Castigos* intentó impulsar esa metamorfosis.

El sueño duró solamente seis meses. “Los números fueron bien valorados por entendidos y poco menos que ignorados por los potenciales compradores” es la conclusión demoledora de Cohen Salama. Sin embargo, la experiencia dejó su huella. Tres años más tarde, Juan Forn lo convocó para dirigir una colección de libros llamada Memoria del Crimen.

Mi fascinación posterior por la investigación periodística y la novela negra estuvo probablemente motorizada por el aprendizaje en esta experiencia absolutamente inolvidable.

La historia de *Delitos y Castigos* tiene un epílogo marcado por el misterio. Cuando un admirador publicó en las redes sociales la tapa del número dedicado a la envenenadora de Monserrat, Yiya Murano, le comenté a la maestranda Rosana Di Francesco que la colección había desaparecido. Por alguna razón indeterminada e incomprensible, ni los editores ni los colaboradores conservaban las seis ediciones. Rosana se propuso entonces la tarea de buscarlas. En la Biblioteca Nacional encontró todas las revistas, menos el

número dos. Ninguno de los contactos que estableció, con paciencia y perseverancia, con los columnistas que aún viven había conservado ese ejemplar, dedicado al caso Monzón. Fue Osvaldo Aguirre, uno de los notables periodistas que escribieron para la publicación, quien le dio una respuesta positiva. Él conservaba el ejemplar que faltaba.

Gracias a la perseverancia de Rosana, a Osvaldo y a la Biblioteca Nacional, recuperamos ahora esta pequeña parte de la historia del periodismo policial, la novela negra y el arte gráfico argentinos.